

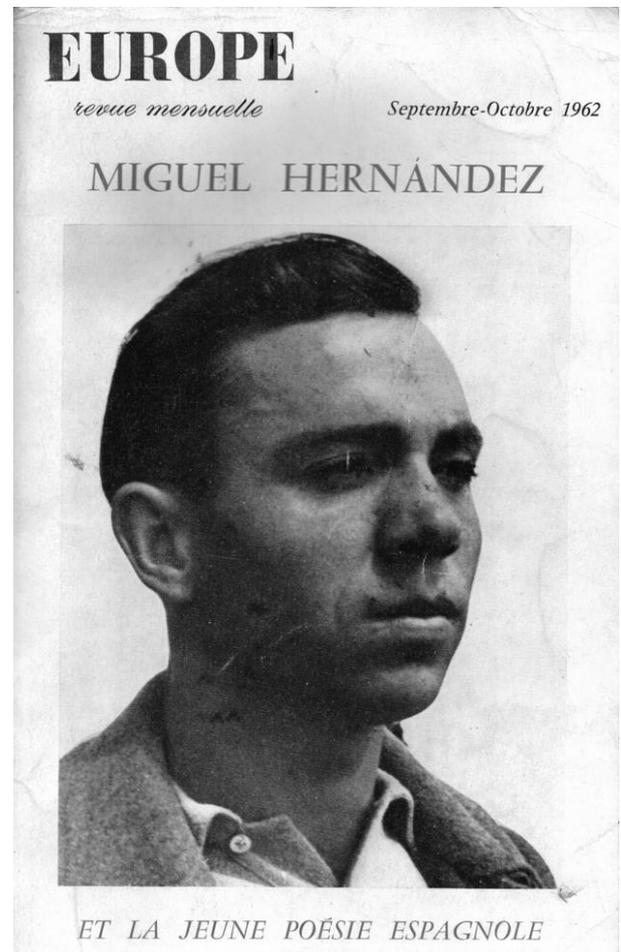
Del libro *El hombre acecha*

Lía Isabel Alviar Ramírez

(...)
*He regresado al tigre.
 Aparta, o te destrozo.
 Hoy el amor es muerte,
 y el hombre acecha al hombre.*
 "Canción primera", Miguel Hernández

Tiempos de guerra aquellos que hicieron cantar a Miguel Hernández sus más desesperanzadores versos. Coterráneos en contienda padecieron el horroroso espectáculo de sangre y sueños esparcidos por el suelo patrio. Seis décadas más tarde, congéneres contra congéneres, quizá sería más preciso decir terrícolas contra terrícolas, repitiendo la historia de sangre a borbotones y sueños truncos, esparcidos por todo el globo terráqueo.

La España de la Guerra Civil y la postguerra redujeron a osamenta a muchos de sus hijos e hijas, a nostalgia y silencio infinidad de sueños. Entre todos los muertos que cobró la mordaza puesta al deseo de libertad de la comunidad española, Miguel Hernández: poeta, como él solía identificarse, merece especial mención, no sólo porque este año se conmemora el centenario de su natalicio, sino porque, fundamentalmente, su obra rebasa la descripción íntima de las vivencias personales y logra hablar en forma universal; es la humanidad



la que se expresa en cada uno de sus versos.

Cuando la guerra se ve desde un sillón, en la pantalla de un televisor, "¡hasta entretiene!"; pero cuando se padece en carne propia y además la

vive alguien por naturaleza fraternal, entonces sí se comprende el horror de transitar por las grietas más oscuras del comportamiento humano. Se acentúan los intereses particulares, la solidaridad se esfuma; la deslealtad sale al ruedo y el miedo se agiganta; se acribilla la libertad y la verdad se amordaza; en fin, los males escondidos en el “ánfora de Pandora”¹ salen para hacer presa la condición humana. Así lo canta Miguel en el primer poema del libro *El hombre acecha*: “El animal que canta: / el animal que puede / llorar y echar raíces, / rememoró sus garras. // Garras que revestía / de suavidad y flores / pero que, al fin, desnuda/ en toda su crueldad.// Crepitan en mis manos. / Aparta de ellas, hijo. / Estoy dispuesto a hundirlas / dispuesto a proyectarlas / sobre tu carne leve”. Este poema titulado “Canción primera” termina con los dos versos del epígrafe.

Retornando al mito, Pandora cerró el ánfora cuando sólo la esperanza quedaba por salir; el poema “Canción última” cierra el libro que desglosa este artículo, expresando: “El odio se amortigua / detrás de la ventana. // Será la garra suave. // Dejadme la esperanza”.

Los títulos de los poemas que componen *El hombre acecha* dan cuenta de que el poeta había tomado conciencia de los sentimientos y actitudes antisociales que en la

colectividad humana incuba la guerra; más aún, de cómo se azuzan tales comportamientos para favorecer intereses particulares; excepto en “Rusia”, poema en el que se pondera la solidaridad y se alaban los logros de la revolución.

“El soldado y la nieve” describe la guerra en el invierno, la soledad y el frío. “Hombres viejos” es un fuerte poema escatológico, donde equipara con los desechos de la digestión animal los seres humanos que, por comodidad o conveniencia, renuncian a su dignidad de personas y de pueblos. En “El hambre” da cuenta de la transmutación en los valores éticos que puede llegar a sufrir alguien, cuando el estado de carencia alimenticia es impuesto y permanente. La “Carta”, esos vehículos que, como lo dice el poema, “con las dos alas plegadas y la dirección en medio”, viajan hasta las trincheras donde, unas se quedan mudas por falta de quién las lea, y otras alegran los días de quien las lee y relee. “Las cárceles”, cemento y rejas que retienen los gérmenes de dignidad y libertad en los Estados sumisos a los intereses de los imperios. “El tren de los heridos” es una conmovedora descripción de cuerpos que, entre ayes y sangre, luchan por aferrarse a la vida. “Llamo a los poetas”, en forma desesperada, convoca a sus colegas a actuar solidariamente por la humanidad. Y, por último, “Madre España” es un compromiso íntimo del poeta en defensa de la dignidad del pueblo español.

¹ En la mitología griega, recipiente que contenía todas las desgracias humanas que fueron liberadas por Pandora.

El dolor y la desesperanza, que han sido permanentes en su vida, afloran ahora con más fuerza y nitidez poética. Lo que ve y siente Miguel fluye en forma de verso; quien los lee, una vez se han posado en el papel, ve en ellos la humanidad, lo que es común a ella; por tanto, degustarlos e identificarse prácticamente son un solo suceso.

La comunidad humana no ha superado la práctica de la guerra; recurre a ésta siempre que una parte, por cualquier motivo, decide sojuzgar a otra, ¡he ahí la razón por la cual la obra de Miguel Hernández es tan actual! Aún hoy, los sueños son fusilados o enrejados; los ayes y la sangre brotan de gargantas y cuerpos; aún hoy “el hombre acecha al hombre”, buscando socavar los valores que ponen a la especie humana en un punto avanzado de la filogenia animal. Las imágenes de la garra, el animal, la fiera dan cuenta de lo primitivo, aquello que la conciencia colectiva cree haber superado, pues la barbarie ha dado paso a la civilización; sin embargo, para hacer la guerra y mantenerla, se recurre a llamarlas a escena

nuevamente. Fue esa tensión la que el poeta hizo verso: su devoción por la humanidad, por el arte, por la cultura, por la ciencia, siendo mutiladas por las expresiones más primitivas del comportamiento humano.

A juzgar por lo vivido y padecido, desde la muerte del poeta (marzo de 1942) hasta hoy, los pocos y maravillosos versos de este libro serían unas cuantas centenas más. Ha corrido el tiempo... pero ha persistido, en quienes administran el patrimonio colectivo de la humanidad, la estrategia de fomentar lo primitivo, dejando al azar o a luchas individuales la posibilidad de realizar y degustar expresiones sublimes del depurado cerebro humano.

Lía Isabel Alviar Ramírez es profesora de la Universidad de Antioquia en las Facultades de Ingeniería y Derecho y Ciencias Políticas.